

notas de un viaje
de
Roma a Buenos Aires

por

Rafael Garcia Serrano

R. 336 A



notas de un viaje:

de

Roma a Buenos Aires

por

Rafael García Serrano

PUBLICACIONES DEL SEMINARIO DE ESTUDIOS POLÍTICOS DE LA FALANGE DE ALMERÍA

El Seminario de Estudios Políticos de la Falange de Almería, creado por el Jefe Provincial en octubre del pasado año 1948, ha venido desarrollando una activa y eficaz tarea, plena de contenido político, cuyos resultados han sido satisfactorios.

Además de los Cursos de Formación para nuestros camaradas, que con periodicidad semanal se han sucedido desde enero a mayo, una serie de ciclos de conferencias, a cargo de relevantes personalidades de la Política y de las Letras, han venido desarrollándose en los salones de la Biblioteca «Francisco Villaespesa», especialmente dirigidos al público intelectual de la Capital.

La destacada importancia nacional de los conferenciantes y el fondo sugestivo de los temas que se trataron, todos de fina y acertada intención política, han conseguido para estas primeras actuaciones al exterior del Seminario, un éxito indudable de público y ambiente, cuyos lisonjeros resultados hemos podido ampliamente comprobar.

Inicia hoy el Seminario, con la edición de la brillante conferencia de nuestro entrañable camarada Rafael García Serrano, una serie de publicaciones que, recogiendo las principales actividades realizadas en el primer curso de actuación, den a conocer a todos nuestros camaradas, especialmente a los de la provincia, la inquietud de nuestras tareas y el ritmo fervoroso y alegre con que la Falange de Almería vibra y trabaja para el mejor servicio de España y de nuestra Revolución.

¡Arriba España!

El Seminario de Estudios Políticos de la Fa-
cultad de Almería, creado por el jefe pro-
vincial en octubre del pasado año 1948, ha venido
desarrollando una activa y eficaz labor, dentro de
un limitado presupuesto, cuyos resultados han sido sa-

losamente satisfactorios.
Además de los Cursos de Formación para
nuestros camaradas, que con periodicidad semi-
trimestral se han sucedido desde enero a mayo, una se-
rie de ciclos de conferencias, a cargo de relatan-
tes personalidades de la Política y de las Letras,
han venido desarrollándose en los salones de la
biblioteca «Francisco Villaverde», especialmente
dirigidos al público intelectual de la Capital.

La destacada importancia nacional de los con-
ferenciarios y el fondo sugestivo de los temas que
se tratan, todos de gran y acertada intencio-
nalidad, han conseguido para estos cursos un
éxito en las relaciones al exterior del Seminario, un éxito in-
dudable de público y ambiente, cuyos honrosos
resultados hemos podido ampliamente com-
probar.

Último hay el Seminario, con la edición de la
brillante conferencia de nuestro entrañable cu-
marada Rafael García Serrano, una serie de pu-
blicaciones que, recogiendo las principales acti-
vidades realizadas en el primer curso de nuestra
vida, dan a conocer a todos nuestros camaradas,
especialmente a los de la provincia, la importancia
de nuestras tareas y el tipo fervoroso y abnegado
con que la Falange de Almería vibra y trabaja
para el mejor servicio de España y de nuestra
Revolución.

Atte. Español



D. Rafael García Serrano

Notas de un viaje: de Roma a Buenos Aires

Conferencia pronunciada por el ilustre periodista, D. Rafael García Serrano, el día 27 de abril, en la Biblioteca "Francisco Villaespesa", en el III Ciclo de Actos del Seminario de Estudios Políticos.

A MODO DE PREÁMBULO



RESULTA conmovedor, cómo puede el impulso de un hombre falangista, recoger el inquieto latido espiritual de un pueblo noble, artista y algo melancólico. La dureza tremenda de vuestro paisaje se aligera de un modo tremendo e imprevisto en zonas verdes y amables. La antigua altanería de esta tierra se reposa, para que el forastero encuentre en ella un tono de cordialidad que es como un oasis amistoso, en el que uno quisiera plantar su tienda y sentarse a esperar la felicidad andante de sus camaradas y amigos. A lo largo de vuestra costa se yerguen las vigilantes atalayas de otro tiempo; y me parece a mí que este estado de ánimo vuestro, este actual afán creado en el arte y la literatura, es como una nueva atalaya española que se pone en pie, alerta, y que avizora el tiempo con

una jugosa y leal esperanza; quería deciros ésto, necesitaba deciros ésto junto a vuestro Gobernador y Jefe Provincial, antes de enfrascarme en un tema ilusionado, realista y fantástico, que mi desventura, mejor dicho, la vuestra, me hace temer que me haya salido un poco largo. De antemano os pido paciencia y perdón. Me siento aquí tan en mi casa que no me da miedo pasar por algo pelmazo.

I. - *Saliendo de un sombrero*



PARACE ser que la Italia de paisano en que viví durante doce meses y pico, es tan distinta de esta Italia de hoy mismo, como aquella de la anterior, de la Fascista. En cualquier caso, no lo sé seguro, ni, la verdad, lo creo por completo, quizás porque puedo recordar muy bien como era —para lo positivo y para lo negativo— aquella maravillosa Italia que fué el sueño y el afán cotidiano de un solo hombre, y la fuente en la cual toda una juventud del mundo encontró el agua fresca de unas fórmulas políticas, sino precisas y comerciales como los ungüentos mágicos, al menos humildemente hermosas, relativamente nuevas y jubilosamente esperanzadoras.

HAY en todo viaje una estación de partida y otra de llegada. Para cubrir hoy este itinerario político-sentimental —De Roma a Buenos Aires, pasando por Madrid— saldremos de un sombrero, de un bonito sombrero y haremos la recalada final, o casi final, al pie de los Andes. Iremos de una cínica e inteligente burla a la tremenda, sincera y brutal naturaleza de la cordillera Andina.

EL sombrero estaba en Roma, justamente en la Via Margutta, una calle del viejo barrio español, donde los Embajadores daban las doce a cañonazos y el Angelus olía a pólvora en cuanto las libres campanas españolas se veían obstaculizadas por cualquier protocolo, no muy lejos de la Plaza de España con la Inmaculada en alto, protegiendo el yugo y las flechas de nuestra Embajada en el Vaticano, no muy lejos de la casa Keast y de la escalinata florida de Santa Trinitá dei

Monti. Via Margutta es la calle de los artistas. Hay allí antiguos palacios, rosas frescas, trepando por la nobleza de la piedra, un grato olor a seco y dorado vino de Frascati, y verjas de hierro comido ya por la terca dulzura de las enredaderas. Hay un tabernero charlatán que sabe de los secretos del arte, más que todos los críticos del universo, que conoce la anécdota de cada cuadro, de cada escultura, de cada una de las pocas o muchas obras de arte nacidas en Via Margutta. Hay una paz idílica y vieja, una paz lejana y hay —de pronto— una chalina decimonónica junto al gesto de una muchacha, pintora por más señas, que vestía de hombre, con un pantalón y un chaleco azul de rayitas blancas, mientras dejaba su coquetería la fácil frontera del escote entre liberal y escandaloso. Via Margutta, resume el latido artístico de la ciudad.

TIENEN los artistas de Via Margutta un club. No se priva de nada: un club, como los señoritos laboristas de Londres, como los que viven de la ruina de los hombres, de Kipling y de la esplendidez de su tía la de América, un club con sus vasitos para el vino, sus tazas para el café y la estupenda posibilidad del crédito, indispensable para el creador. Son gentes felices, los artistas de Via Margutta.

REALMENTE, ellos no hacen política, les trae sin cuidado la política de Italia y el Plan Marshall y, ahora, seguro que tampoco les quita el sueño el Pacto del Atlántico. Hasta hablan como del existencialismo. Pero a veces un simple descuido se transforma en una definición. Recuerdo el estudio de una pintora. Ella se llamaba Clelia, como la heroína de Sthendal. Su mundo eran los artistas de su calle, los estudiantes extranjeros y los «snobs» americanos. Había en el estudio, bajo la luz prodigiosa que entraba a chorros por dos amplios balcones abiertos a la eterna maravilla de Roma, un globo terráqueo, y no por razones estratégicas, sino por una pura necesidad de ornamentación y oficio. Sobre el globo —con una ligera inclinación de chulería respecto al eje— descansaba un sombrero de paja clara con tres asombrosas plumas de colores: verde, azul y rojo. Y Clelia, sonriendo de mi divertido y estupefacto asombro me aclaró con

una seriedad episcopal: «*Sí, uso del globo y del sombrero para las naturalezas muertas*». Usaba la tierra entera, con la chunga atroz del sombrero, para las naturalezas muertas y yo me quedé pasmado porque pensaba que aquello bien que hubiera podido ser un informe para la ONU.

EL nombre de Via Margutta, marca bien la atroz carnava-
lada de un mundo de mascaritas, de una Europa en la que
ya no sorprende que un Jefe de Estado prefiera usar un mote
en lugar de un apellido —por ejemplo Stalin— y que el hombre
poderoso de la política exterior rusa se haga llamar con el sim-
bólico alias de martillo, esto es, Molotov. Tal dispersión moral
de Europa, que alcanza a la política, a la familia, a la calle, a
los negocios, a los grandes y a los chicos, al amor y al odio, es
el fundamento de toda clase de absurdos. Contradicciones trá-
gicas que los españoles no necesitamos enumerar porque están
bien a la vista con solo acordarse de los dos compadres respon-
sables de la actual desdicha europea: Inglaterra y Francia. He
aquí dos países que llevan bien puestos sin la gracia del globo
terráqueo de Via Margutta, el dislocante sombrero de plumas
y colorines.

II. - *Italia y sus políticos*



O hace dos semanas, resumiendo la actitud del llamado occidente europeo con respecto a España, me decía un agudo periodista italiano: «desengáñate, los traidores son necesarios para vivir del Plan Marshall. El criminal Togliatti nos presta, en este sentido, excelentes y rediticios servicios». Y confidencial, cínico y acertado, me proponía: «funda un partido comunista y ofrécéselo a Franco». Lo que en la relativamente graciosa paradoja hay de cierto, es claro. Para combatir al comunismo con la fructifera ayuda del oro yanqui, es necesario, cuando menos así parecen afirmarlo los europeos que han tomado el Plan Marshall por una sopa boba, haber sido socialistas, amigos de Rusia, sargento de reclutas en las brigadas internacionales y visitante o chequista en la zona roja española. Respetuosamente recordemos que el Mayor Attlee —actual presidente del Gobierno de su Majestad Británica— paseó su desmedrada figura por los trágicos y alucinantes paisajes de Madrid y Valencia. Y levantó su puño sobre nuestros muertos. Para formar en el bloque que tiende, no tanto al aniquilamiento del comunismo como a su confinamiento en la frontera rusa, no tanto a librar al mundo de una pesadilla como a detener por algún tiempo la guerra inevitable, basta, más que una limpia ejecutoria de servicios a la civilización y a la cristiandad, el simple hecho de ser una de las naciones que con sus infinitas torpezas han contribuído a la expansión bolchevique, tanto por razones exteriores como interiores.

Viví en Italia los últimos meses de la ocupación anglo-

sajona. Los últimos meses de aquel funesto experimento político europeo, que en Italia, concretamente, se llamó tripartitismo; esto es, el gobierno de los tres partidos. Aquellos a quien unió primero la musa del miedo y luego la cataclismal bruja del rencor, encontraron en el tripartitismo una manera cómoda de prorrogar, a la vez que su luna de miel con la democracia, aquella específica manera de gobierno a que estaba acostumbrado el pueblo de Italia. Porque el tripartitismo fué una dictadura reaccionaria frente al fascismo, porque el democrático tripartitismo presidió sobre la bella Italia, más represiones, injusticias y puras venganzas personales llevadas a cabo con la máquina estatal, que veintiún años de fascismo. Cuando a mí me hablaban de Mateotti, solía rezar un padrenuestro por los trescientos mil asesinados en el norte de Italia en el jubiloso momento del fin de la guerra. Y al hacer este balance, no me olvidó de los fascistas republicanos, que también ejercieron su justicia revolucionaria sobre lo que ellos llamaron, parece que razonablemente, la traición del 25 de Julio.

TRES eran los jefes del tripartitismo, naturalmente. Togliatti, Nenni y De Gasperi; un comunista, un socialista y un democristiano. Al fondo, se agitaba un alegre y bienintencionado fantasmón que pudo serlo todo y todo lo perdió con su conmovedora torpeza. Era como ese payaso que siempre recibe las bofetadas, que siempre quiere acertar —y arranca bien y va derecho— pero tropieza, resbala, y sus fracasos nos producen una carcajada y un poco de pena. Este hombre se llama Giannini, el famoso fundador de «*L'uomo Qualunque*». Convendrá que, ligeramente, hagamos una visita a los cuatro caballeros.

PALMIRO TOGLIATTI se ha llamado también Ercoli, Mario Correnti y a la moda rusa, de otros modos que sentimos no recordar. Los dibujantes anticomunistas suelen pintar a sus enemigos con tres agujeros en la nariz. Solamente Togliatti tiene derecho a su propia faz. Un día se publicó una caricatura titulada «Escasa sensibilidad política». En los escaños de Montecitorio, doce comunistas en serie rodeaban a su jefe; éste tenía el dedo en la nariz y, naturalmente, sus subordinados le imita-

ban. Uno de ellos, en las musarañas, conservaba las viejas normas de la educación, con evidente relajo de la disciplina. --¡Eh! tú, --le susurraba un compañero de escaño-- ¿Por qué no tienes el dedo en la nariz, como el jefe?. --No lo había visto, --se excusaba el correcto por distracción-. --Estas cosas --admonizaba el fidelísimo-- no se ven, se sienten.

HE aquí, este pequeño detalle humorístico, puesto de manifiesto en una de las cosas que, evidentemente, los italianos admiran en Togliatti: su capacidad de Jefe, acrecentada ahora con el haberse sabido mantener al frente del partido en jornadas difíciles, que siguieron al grave atentado que sufrió. Palmiro Togliatti es una máquina de fabricar política. Esto es todo lo que se sabe de él. Como los poetas líricos producen belleza y los historiadores franceses rencor, Togliatti produce a diario la única política de Italia que sabe a donde va, cómo, por qué y qué es lo que quiere. (Veremos que en la acera opuesta, no hay una política, sino una subordinación. No hay una doctrina, sino un hombre más enérgico que lo que aparenta: Alcide De Gasperi).

TOGLIATTI, es un hombre pequeño, de espaldas anchas, de modos tímidos y finos, con un humor retrasado, buen orador, estudioso, amante de la literatura clásica y buen conocedor del latín. Hace como que respeta el juego parlamentario y prepara y revista mientras tanto a las tropas rojas. Si estas tropas le salen ranas, puede asegurarse que la culpa no es de Togliatti, goza de la absoluta confianza de Moscú, cosa que irrita mucho a los comunistas franceses, que como son muy chauvinistas, preferirían que la «estrella» del Kremlin fuere Thorez, Martí, Duclós o cualquiera de sus carteristas con mando en plaza. Togliatti ha sido Secretario del Komintern para el Sur y el Occidente de Europa, miembro de la comisión central del Agit-Prop, viajero con las maletas subversivas en Francia, España y algún otro país, cuya identificación se reserva la cautela oficial del partido. Hay muchas probabilidades de que, actualmente, sea la eminencia gris del Kominform. Físicamente se parece a Miguel Mihura, el dibujante y escritor de «La Codorniz», pero Miguel

Mihura no tiene la culpa. Cuando va a pronunciar un discurso sensacional de ataque al Gobierno, de defensa del Gobierno en sus tiempos de residencia en la panza del caballo de Troya, se pone un traje cruzado, azul, y la Cámara se llena porque su oratoria es convincente, panfletaria, culta y desdeñosa. Es un zorro habilidoso y los burgueses de Italia, quizás para espantar el pánico, burlándose, le llaman «Monseñor Togliatti», lo que en el fondo es un elogio que pone los pelos de punta, sobre todo, cuando la defensa de las esencias católicas de Italia está entregada a la mecánica parlamentaria, razón por la cual yo he visto aprobarse por un voto la «no indisolubilidad» del matrimonio, ya que el voto que podía decidir la cuestión, el voto de un diputado democristiano, no se pudo conseguir porque aquel diputado estaba en aquel momento en el lavabo; y así, una cosa tan delicada y trascendente como el reconocimiento oficial de la indisolubilidad del matrimonio, fué derrotada porque un diputado había comido una salsa de tomate en malas condiciones.

FRENTE a la ingenuidad de tales defensas, Togliatti debe morirse de risa cuando revista a sus brigadas garibaldinas, muy feroces ellas, con mucho pañuelo rojo al cuello, con muchos claveles rojos en las solapas, con muchas aclamaciones al Coronel Valerio, el hombre que asesinó a Benito Mussolini y a Clara Petacci. La desvergüenza moral de estos tipos —con los cuales han colaborado desde el año 1943 hasta 1947 los propios democristianos— alcanzó al extremo de organizar en Roma, en la Basílica de Massencio, un mitin en el que el Coronel Valerio —un antiguo contable de las fábricas de sombreros Borsalino— explicó minuciosamente su crimen. Por aquellos días en que la turbiedad de la situación hacía pensar a los italianos en Mussolini, Togliatti ordenó publicar en su periódico «L' Unitá» una mencheta en la que se leía: «*Mussolini fué ajusticiado con una pistola ametralladora, calibre 7'65 L. M. número 1938, F. 20830, en Dongo. Y todas las plumas de la península no conseguirán resucitarlo*».

Yo asistí a aquel mitin y ví al Coronel Valerio. Fué el do-

mingo de Ramos del 47. Roma estaba nublada y triste, gris; las calles aparecieron bastante desiertas y solamente cuando se vió que la policía italiana estaba reforzada por destacamentos de la vigilancia militar anglosajona, la gente se decidió a marchar a las iglesias para bendecir los ramilletes de los olivos. Mientras sonaban las campanas y crecía el viento; mientras el Cristo entraba en Jerusalen, un hombre contaba su crimen entre las aclamaciones de una enérguménica multitud, los «flax» de los fotógrafos y el silencio reprobador de la Ciudad.

POCAS veces he sentido una vergüenza tan enorme; pocas veces me he arrepentido tanto de pertenecer al género humano. El delincuente Valerio, explicaba cómo condujo a Mussolini y a Clara Petacci; cómo los llevó hasta la cancela de una villita burguesa, en un callejón apartado de Como. Sobre el lago caía toda la bienaventura de Abril. Explicaba su crimen con todo detalle, con una minuciosidad científica. Los avispados comerciantes de bajas pasiones, vendían libros sobre los amores de Clara Petacci y el Duce; libros que no lindan la pornografía, que entran en ella a banderas desplegadas, sin tener piedad para el hombre que se inventó una nación, que dió a su patria veinticinco años de gloria y de bienestar, sin tener piedad para aquella mujer que a la sombra de la muerte, ya sin sombras equívocas, tuvo el coraje de volverse hacia el hombre que amaba y decirle: «*¿Estás contento de que esté a tu lado?*». Fué entonces cuando el torvo tenedor de libros, descargó esa pistola ametralladora cuya descripción hizo pública Togliatti. Fué entonces cuando el partido comunista pidió para Walter Audisio, alias Coronel Valerio, la Medalla de Oro al valor militar, la máxima condecoración italiana, que equivale, con todas las diferencias enormes y respetables a nuestra casi inapresable Laureada. Por fortuna no se la dieron, y en esta negativa influyó decisivamente, la actitud que adoptaron la mayor parte de los Medallas de Oro italianos.

Y ahí se queda Togliatti esperando su ocasión. Por peligros mayores y más vecinos que los de la actual política italiana, ha pasado. Estuvo a punto de ser fusilado por los camisas negras

en el 42 y en la revolución madrileña que precedió a nuestra victoria, los casadistas también lo tuvieron en la pared.

Por cierto, que en España andaba el inefable Pietro Nenni, jefe del partido socialista, antiguo fundador de los «Fasci de combattimento» en Bolonia, viejo camarada de Mussolini, y es muy posible que espía de la Ovrá, la pequeña y tímida Gestapo de los Fascistas. Si Togliatti es supersticioso, teme al viernes 17 como aquí se teme al martes 13, Nenni es un pobre señor escapado de un cromó de la revolución francesa. Un día, oyéndole en Montecitorio, encontré su definición: «Nenni entre dos platos».

Es de la Romaña, la tierra violenta y roja de Italia y vive a la sombra de Mussolini, su ilustre paisano, de cuya hija Elda fué padrino. El convertirse en enemigo de Mussolini le dió renombre y el que sus maneras tengan un eco hasta en lo físico de las del Duce, es algo que él no puede evitar y que sirve constantemente a la solfa feroz de los humoristas. «El romañolo de turno», le llaman. Jamás se ha visto un tan hueco inventor de frases; pero hay algo de preciso en ellas, algo innegablemente popular, algo que se pega al oído y es música de marcha: «la constituyente o el caos», «del gobierno al poder», «la República será socialista o no será», «el viento del norte» —refiriéndose al auge marxista de Roma hacia los Alpes— y otras por el estilo. Ahora, Nenni es el segundón de Togliatti, el muerto socialista, el matador de su propio partido, la vanguardia, el cojillo de indias del jefe comunista. Nenni ha vendido sus huesos a la quinta columna de Stalin para no dejar de ser revolucionario, porque para él la mayor desilusión de su vida es un socialismo que las circunstancias mundiales van colocando a la derecha casi en una tertulia integrista.

DIRIGE el famoso 'Avanti' que en otros tiempos dirigió Mussolini, sus editoriales son plúmbeos y sus consignas, en la mencheta, el jardín más exuberante de tópicos. Todos los días ataca a la burguesía; para él, es un monstruo que fabrica obreros tuberculosos, doncellas violadas y agujeros para que entre por ellos la pulmonía en las chaquetitas de punto de los hijos de los obreros. No sabe lo que quiere, pero lo quiere de prisa. Cuando le

hicieron ministro después de triunfar su tesis constituyente, los italianos dijeron: «Bien, ya tiene Nenni la constituyente, ahora nos dará el caos». No le dió tiempo a tanto. Pasó por el Ministerio de Asuntos Exteriores sin pena ni gloria. Estuvo en España, en las brigadas internacionales, pero todos saben que no oyó ni un tiro, excepto los que oyese en sus rondas por los tribunales del pueblo. De España se llevó la costumbre de usar boina, la nostalgia de un «Rolls» de seis metros y, según sus propios enemigos italianos, unos tapices. Orador eficaz, su voz carece de la majestad mussoliniana, y bien que le duele. La revolución va con él como un perrito faldero de esos que llevan, para presumir, las niñas de Vittorio Veneto. Pero Hugo Zatterín, un periodista que lo conoce en su intimidad, ha escrito despiadadamente: «¿Pero, quién no comprende que en su corazón, más que la palabra ametralladora, está escrita esta otra: zapatillas?»

Tuvo una infancia triste, fué protegido de un aristócrata y no ha conseguido superar este complejo de niño desventurado. Palabra que lo compadezco; porque es un hombre familiar, amable y poco amigo del bullicio extraparlítico. Porque es más fiel a sí mismo que el zascandil de Saragat, su rival en el partido, el hombrecillo pedante, soberbio y algo tonto que escindió la masa socialista italiana para ponerse en la cola áurea de los dólares yanquis.

CLARAMENTE emboscado, Saragat presencié nuestra guerra desde la atalaya marxista de París. Presume de energético, de intelectual y de desdeñoso con la burguesía. Sin embargo, la boca se le hace agua cuando le cuentan que la Reina María José tuvo la debilidad de votar por él en las elecciones que turbaron la Monarquía italiana. Presume el hombre de estar abrumado por problemas de todo orden, de meditar casi como un Lama del Tibet. —¿En qué clase de transporte ha venido Saragat?, preguntó un periodista durante una crisis, en la puerta de las consultas. Y un colega, señalando una nube que se desvanecía en el cielo azul de Roma, le contestó: —«En esa nubecilla». Saragat nos odia, pero, además, es tonto.

NENNI y Saragat, son dos atropellados por el tiempo, dos

que han quedado en la cuneta; el uno, esperando la limosna de los partidos burgueses y el otro, con más sangre, —dicho sea en honor de Nenni— tratando de ayudar a los bolcheviques, siquiera sea con pequeños servicios de cuadra y espantapájaros.

OTRO muerto del tiempo tripartito es el debelador del tripartitismo, Guglielmo Giannini, fundador de aquel inmenso globo que se deshinchó humildemente, sin tener siquiera el epílogo estruendoso del reventón. Es inútil ponerse a contar ahora los orígenes del partido. La idea fué generosa y buena. A su amparo comenzó el ataque contra las bestialidades rojas; a su amparo comenzaron a levantar la cabeza los menos perseguidos entre los perseguidos, los que escaparon a la limpia general y heroica que cumplieron los partisanos — comunistas y no comunistas — porque también los blandengues y semicedoides tuvieron su corazoncito a la hora de los paseos. Al amparo del «qualunquismo» surgió el llamado neofascismo, y el movimiento social italiano, que hoy tiene varias representaciones en la Cámara, y el movimiento nacionalista, que comenzó con buen viento pero que se frenó pronto, por tibieza.

GIANNINI —que ni diputado es ahora— tuvo de la política un sentido entre familiar y espectacular. Él mismo es un hombre entre familiar y espectacular; alto, grande, algo fanfarrón y muy napolitano. Tiene el aire simpático, como de gigante bondadoso, pero a la seca visión de un corresponsal celtibero, lo cierto es que oculta esa bondad con la ilustre fantasmada del monóculo.

CUANDO había candela en Montecitorio, le gustaba ponerse en medio de los combatientes, haciendo barrera con su generosa humanidad y de vez en cuando — ¿porqué no? — soltar una buena bofetada que demostrase su excelente forma. Giannini consideraba a Giannini como el San Cristobalón de la política italiana, y a la política italiana como a una niña desventurada que se ve en la necesidad de vadear un río peligroso. Como un barquero galante y napolitano, yo creo que Giannini, invitando a Italia, le cantaba aquello de «que las niñas bonitas no pagan

dinero». Pero, ni aún así, ha conseguido su sueño de salvar a Italia.

EL intento de Giannini, que se basó en el íntimo dolor que le produjo la muerte de su hijo, combatiente de Italia, quedará en la Historia de estos tiempos como un ejemplo de luminoso optimismo, como la mejor labor conciliadora. Llevó a la política los últimos extremos de aquella retórica fascista un tanto libre de expresión. El lenguaje de Giannini es desgarrado, desvergonzado, populachero. Un periodista inglés, decía, que los discursos y los artículos de Giannini no podrían ser publicados en las columnas de la prensa inglesa, porque la prensa inglesa la leen las mujeres. Y sin duda, yo pienso, que la púdica prensa británica exige que en las campañas difamatorias, los insultos al honor y otras zarandajas por el estilo, vayan acompañadas por una pureza del lenguaje que no ofenda a su puritana e hipócrita concepción de la vida.

DESPUÉS de fundar su semanario «El hombre cualquiera», Guglielmo Giannini ordenó a su hija que fundase otro semanario titulado «La mujer cualquiera», lo que se prestó al chiste fácil. Por su parte, él continuó la abrumadora tarea fundacional con una revista llamada «El Europeo cualquiera» y, en una famosa crisis italiana, solicitó el Ministerio de los Estados Unidos de Europa, que, naturalmente, no existía mas que en su original y descabellada imaginación. Le gusta contar cuentos verdes, fumar en grandes boquillas, hacer reír a la gente, y lo malo es que lo consigue muchas veces, precisamente cuando no quiere conseguirlo. Ha sido autor de novelas policíacas, cuplets de moda, y tiene uno de mucha fama que viene a ser como el de aquella conocidísima «Rosa de Madrid», que tanto quehacer daba a las chicas de servicio a la hora de la plancha. También ha escrito comedias incluso durante su hora de esplendor político. En las últimas elecciones, fué estrepitosamente derrotado; su partido se desvaneció y, como ya dije, que es un hombre familiar y afectivo, el bueno de Giannini, según mis noticias, anda en trance de marcharse a la Argentina, donde vive, casada, su hija favorita, aquella que dirigía el se-

manario de título equívoco y que al fin prefirió el hogar a los azares de la política.

SIN duda, tanto en mi tiempo de corresponsal como en este de nostálgico viajero, es De Gasperi, con Togliatti, el personaje político más importante de Italia. Hasta hace bien poco, ha colaborado con el comunismo y solamente los síntomas de disgusto que advirtió en su partido —que como típicamente italiano supo percibir rápidamente el buen viento anticomunista de la Casa Blanca— le decidieron a romper el pacto antifascista y a establecerse por su cuenta, con buen éxito hasta el momento. Es un hombre desgarbado, frío y triste. El Parlamento resbala sobre él y en plena sesión, con las gafas sobre la frente, continúa impertérrito en su papeleo, en sus meditaciones o en sus oraciones, como si nada de aquello fuese con él. El fascismo sobrevive en el indudable e inusitado desdén que la mayoría de los políticos italianos sienten hacia las exterioridades parlamentarias, con la excepción, claro está, de los arcaicos liberales, los republicanos históricos, Benedetto Croce y los afiliados por naturaleza a esa internacional que pudiéramos llamar de los babiecas. La internacional de los babiecas se caracteriza por la uniformidad de su origen y hasta por la identidad de su biología. Vienen del limbo, van hacia el limbo derechos y un día, ante un piquete comunista, se despiertan en el limbo. Benditos sean.

DE GASPERI es un mal orador; lee sus discursos con una voz fría y monótona, siempre igual, constante, un poco como el agua que da en los cristales. Solamente le he visto emocionarse en tres ocasiones: al hablar del injusto tratado de paz, al defender al Papa de los ataques anticlericales y al exponer las posibilidades crematísticas del turismo italiano. Es hombre de afectos familiares, ha sido veinte años empleado en la Biblioteca Vaticana —los veinte años que coinciden con las vacas gordas de Italia— y le complacen los golpes espectaculares.

UNA vez, provocó una crisis de gobierno ante un centenar de corresponsales extranjeros, que nos quedamos estupefactos al ver que el reportero del periódico comunista se ponía pálido

y corría a comunicarle la noticia, por teléfono, a Togliatti, que tenía en aquel gabinete nada menos que tres ministros. Un reciente, breve y anterior viaje a Estados Unidos le hizo cambiar de dirección. Por cierto, allí le tocó asombrarse a él. Iba con el alcalde de Chicago paseando por la ciudad, y el alcalde le dijo: —«Mire, Sr. De Gasperi, ésta es la Balbo Drive». De Gasperi pegó un salto y miró con cierto diplomático enojo al corregidor de Chicago. Pero éste, largo y tranquilo, le atajó: —«Nosotros, los americanos, ni por ensoñación, cambiaremos el nombre de esta calle que recuerda una hazaña impresionante; sólo si supiésemos que no fué Italo Balbo, fascista y todo, quien se saltó limpiamente el Atlántico en 1933, nos preocuparíamos de cambiar el nombre de la calle».

ULTIMAMENTE, De Gasperi, tras una frase en la que su oratoria combativa e inesperada, ocultaba una fundamental debilidad de acción ante el comunismo callejero, ha reforzado su posición con una especie de Plan Marshall de la energía, financiada también por la protectora sombra yanqui.

DE GASPERI, tiene cuatro hijas, una de ellas, María Romana, fué su secretaria hasta que se casó. De Gasperi, fatiga a sus colaboradores para evitar una discusión o la negativa del gabinete a un proyecto suyo. Cuando los tiene reventados, a las doce de la noche, les dice: —«Bueno, ya que Vds. se empeñan, podemos empezar a discutir ese asuntillo sobre el que no hay acuerdo». Y añade: «Claro, que si están Vds. cansados, lo mejor es que me dejen hacer a mí». Y los otros, materialmente reducidos a mísero polvo, le dejan que haga lo que le dé la gana. Es trentino, y su región perteneció al Imperio austro húngaro hasta 1918. Fué diputado separatista italiano en el Parlamento de Francisco José. Le agradan las canciones alpinas y dicen que canta con voz alegre, algo mala, pero muy tierna. Con su cara de pájaro agudo, con su boca grande que talla las palabras, con sus ojos escurridos tras de las gafas, Alcide De Gasperi es, hoy por hoy, el hombre en quien confía Italia. Puede que otro hombre le sustituya más tarde o más temprano, por más o menos tiempo: Palmiro Togliatti.

SOLAMENTE De Gasperi y Togliatti, sobreviven en el panorama político italiano. Nenni anda con su anilla al cuello, vendido como esclavo en el mercado bolchevique. Giannini se desvaneció como el humo. Saragat se colocó la chistera laborista —o algo parecido— igual que los negros del Congo pueden usar monóculo. Y sin grandes esperanzas, pero con deseo de no hacer inútiles y vergonzosos veinticinco años de Italia, la masa del Movimiento Social Italiano, reivindica —con arreglo a una lógica y nueva estrategia política— los fundamentos de la manera de ser fascista. Llevan razón en algo muy importante, porque a estas alturas ya no se hace el viejo chiste de decir que los italianos son noventa millones: 45 de fascistas y 45 de antifascistas, sino que ahora se cuenta la historia de un hombre que se presentó a una comisión depuradora.

—Vengo a que me depuren — declaró— porque soy un fascista.

—Pero hombre, déjese de tonterías y vaya en paz de Dios —le contestó un depurador que no tenía ganas de líos.

—De ningún modo, yo quiero que me juzguen como fascista. Es un honor para mí.

—Y si es un honor ¿por qué no se presentó en mayo de 1945?

—Anda, porque entonces yo no era fascista.

Y con esta pequeña historietta, vale la pena dejar Italia. Esta Italia circunstancial y agitada en la que siempre es hermoso vivir, tal calma se desprende de su trasfondo eterno, tal sosiego multiseccular viene desde Roma, desde ese dulce sol de la primavera romana, desde su mismo paisaje urbano, alegrada por el color y el aroma de los glicinios; una calle moderna, un filobús envidiable, un jardín con pinos o cipreses, una vieja iglesia, al fondo unas ruinas y un poco más allá, donde los madrileños colocan un solar mondo y lirondo, con latas y residuos, un pastor virgiliano y un ható de cabras, con aires de doctas en arqueología, comiendo una yerba que sabe a latín.

III. - *De Roma a Buenos Aires*

SI desde Roma saltamos a Buenos Aires, es preciso hacer una breve escala en Madrid, pero de momento, dejamos de pisar la tremenda y áspera tierra nuestra, para seguir adelante. Brincar el Atlántico desde Villa Cisneros, —con una escenografía de Pierre Benoit y un ventarrón absolutamente celtibérico— es bastante más cómodo que llegarse a Las Rozas en un domingo madrileño. Y desde luego, Natal, —dos de la mañana en la costa brasileña— es más caluroso y más pintoresco que Las Rozas.

LA línea del Ecuador no desveló a los pasajeros. Yo me desperté sobresaltado y estornudé, rompiendo así todas las calurosas tradiciones infantiles. La portentosa iluminación de Natal nos dió a todos los pasajeros —entre los cuales iban las representaciones de los Coros y Danzas de la Sección Femenina— la primera medida de América. Parece como si la noche hubiera desaparecido. El aeropuerto es grande y norteamericano; quiero decir, que fué montado por los yanquis como punto de apoyo a las fortalezas volantes que metían el morro en Dakar, para transvolar el Africa y acabar bombardeando Roma, que por todos los caminos se vá a ella. Los barracones militares, que hoy tienen un fin civil y brasileño, son los mismos que ví entre Nápoles y Venecia para alojamiento de las tropas de ocupación. América ha comenzado su historia en estos barracones, que es como tener la *Historia prefabricada*; quizás por eso, uno de ellos hace las veces de museo en el campo de aviación de Natal. Y en el museo no hay la cachiporra de un héroe bárba-

ro, ni la espada de un caballero medieval, ni la arqueta con los huesos de un santo, ni el hacha que tajó a un rey, ni los discretos venenos de un político renacentista, hay, simplemente, un «jeep». «En este «jeep» dice la leyenda— Franklin Delano Roosevelt recorrió esta base. Punto. Homenaje al ciudadano del mundo. Punto. Franklin Delano Roosevelt será siempre un símbolo de libertad y la libertad vivirá eterna en el corazón de los hombres». Punto final.

Y junto al «jeep» se ve un sillón de limpiabotas a quien le falta su apéndice humano y conguero; pero un sillón de limpiabotas último modelo, eso sí. Quizás porque sobre la vida eterna de la libertad en el corazón de los hombres, yo tenga una serie de dudas imponentes, no aprecie debidamente el sentimental recuerdo. Aquel «jeep» donde se asentaron las posaderas más poderosas de la triunfante historia contemporánea, me recordó—Dios me perdone— el trasero maltratado de Occidente, las patadas de Teherán y Yalta, de Potsdam, las patadas a pueblos libres, el puntapié futuro.

PERO todas las meditaciones fueron cortadas por un mulato simpático y cortés, que completó, con el pasaje, las medidas sanitarias. Primero, habían invadido el avión algo así como un médico, una azafata rubia y tostada, mona ella, y un caballero que manejaba un lanzallamas de desinfección. Encerrados allí, tuvimos que aguantar los gases del DDT; parece que las moscas africanas y españolas — y todas las europeas— no son gratas en el Brasil. Por lo menos, les sacuden «estopa» con todos los medios a su disposición, les tienen declarada la guerra con verdadero ensañamiento. Esperemos que allí no ocurra lo que ocurrió en Nápoles, donde el Ayuntamiento declaró la guerra a las moscas, y cuando alguien retornó a la ciudad y la vió atestada de moscas como una sucia cáscara de sandía, dijo: «¿Pero qué ha pasado con la guerra de las moscas?». «¿Qué quiere usted, amigo?» —le contestaron— «hanno vinto le mosche». (Han vencido las moscas). Pues bien, en Natal las combaten ferozmente, dentro del avión, con los pasajeros tosiendo, ya medio muertos, y solamente cuando están bien seguros de que no ha

quedado ninguna, solamente entonces, libres de competencias, alegres, desenfadadas, chauvinistas y ruidosas, pueden las moscas brasileñas ensañarse con el pasaje.

OÍAMOS en torno, un portugués más suave que el de Lisboa y el inglés americanizado de la aviación surgía de quince aparatos bajo quince banderas diferentes. Luego el vuelo sobre Bahía al amanecer, Rio de Janeiro visto y no visto, y las volcánicas berrugas de escalofrío; Montevideo, sereno y llano con las primeras voces amigas, desde la clara tarde del aeropuerto, el castellano nos daba la bienvenida con su viejo acento andaluz, el acento de la Conquista, y ya Montevideo —del Virreinato del Plata— era una anticipación de Buenos Aires, a tres cuartos de hora de vuelo. La Pampa ganadera y desolada estaba allí y había, lejos, unos árboles gigantes, y más allá una manchita negra: una punta de ganado. Y desde el aire, el río.

IV. - *Fin de semana en Buenos Aires*



STO de Buenos Aires es otra historia. Mi primer sábado en Buenos Aires me pilló a eso del mediodía, en el barrio de los Bancos. Inútil explicar que por puras razones de paseante en cortes. Excepto la benévola intención de nuestras empresas, nada hay en España que conspire, para que los periodistas podamos pelar la pava en las floridas rejas de Cuentas Corrientes. Pero el barrio de los Bancos es el corazón de Buenos Aires. La City, y yo le hacía un cardiograma a la más grande de las ciudades hispánicas. Buenos Aires, al dar las doce, contiene el aliento, deja de hablar de negocios y no piensa en otra cosa que el descanso y la diversión. De sábado a lunes, Buenos Aires tiene cierta semejanza con el desierto de Gobi. Los cafés del barrio financiero, cierran sus puertas, las gentes emigran hacia los alrededores y la pavorosa circulación cotidiana se reduce en el casco de la ciudad, a la de Madrid en tiempo de las sanciones.

El fin de semana es una institución perfecta y respetable. Claro, que la medida americana transforma las cosas, las aumenta de un modo brutal y espantoso. Por ejemplo: la aglomeración de Buenos Aires que en estas jornadas festivas es trasladada fulminantemente al delta del Paraná. Yo partí un fin de semana entre Buenos Aires y el Tigre, y solo así, pude encontrar en las calles de la ciudad aquel enternecedor provincianismo virreinal, aquel delicado matiz de la Misa de doce, el velillo matinal —blanco por aquellas tierras— y el paseo de rueda. Entre el Cabildo y la Catedral, a las doce del domingo, los ár-

boles de la Plaza de Mayo eran ya, otra vez, «como en el abril de Andalucía», con la frase maravillosa de Colón ante los verdes antillanos. Justamente en la Catedral, veía a las gentes que se quedaron sin salir de Buenos Aires, dar vueltas a la tumba del General San Martín, leer los nombres de las batallas de la Independencia, contemplar los estandartes y la Guardia Granadera —«*lo mejor que hizo San Martín*», ha dicho Perón, «*fue trasplantar los granaderos españoles a la Pampa*»— y a la vista de los uniformes decimonónicos y de los mozos de talla aventajada, al antiguo polaco o letón, o el judío balcánico —este en la medida de sus fuerzas—, o el italiano o el francés, se llenan la boca de nombres irremediablemente españoles y comienzan a sentir el orgullo de nueva nacionalidad.

LA guía de teléfonos de Buenos Aires es una clara demostración de cómo la estirpe hispánica tiene motivos suficientes para reirse del racismo, precisamente por su poderoso atractivo asimilador. En la guía encontraréis la variedad tremenda de los apellidos: Hassan, Gallicchio, Grether, Oberländdr, Prevost, Perlusky, Kalaydan, Kalelin, Kahanoff, Hosking; apellidos todos que necesitan la aclaración de un patronímico netamente castellano, para no ser tomados como el de simples extranjeros residentes en el país.

Y del mismo modo que este aluvión inmigratorio no se refleja en la música popular, en las costumbres de la danza, tampoco se refleja en el gesto o en el alma de la Argentina. A la hora de ordenar la dispersión de su vida, bajo la bandera blanca y azul, el recién llegado —toda la Argentina rebosa recién llegados—, no tiene inconveniente en asegurar que sus abuelos sirvieron al Virrey o «pelieron», más tarde, con San Martín, cuando en realidad sus abuelos, en aquel tiempo, andaban trabajando como leones en cualquier villorrio de Europa. Pero esta es la grandeza recreadora de la Argentina, esta es su solera inapreciable; tener nombres y apellidos españoles. Poder decir que además de San Martín, a quien llaman Gran Capitán, tuvieron otro Gran Capitán, que en Granada e Italia hacía historia para ellos. También para ellos.

EL Campanario del Pilar, el de la Iglesia de Santo Domingo, con la huella de las invasiones inglesas, detenidas arrogantemente por Liniers, los grandes conventos salvados de la expansión ciudadana, las tapias encañadas, los patios frescos con la fuente en el centro, y una cancela trabajada, y las largas calles con casas de uno o dos pisos y las paredes bien blancas, todo rezuma aun, en distantes y secretos rincones, un pacífico aire de provincia española.

PASEÁBAMOS por los jardines de Palermo, la bella residencia de Manuelita Rosas, hija del que aún llaman «el tirano de Rosas» y en realidad es el primer estadista argentino, y César Picó me hablaba de España y de Buenos Aires, y con un amor delicado me ponía ante los ojos la gracia y el denuedo de su ciudad. Me hablaba del Delta, una Casa de Campo fabulosa que es como una Venecia silvestre y algo sobrenatural, con más de diez mil millas de ríos, riachuelos y canalillos, con centenares de islas desiertas. Y en esta Casa de Campo, de dimensión, americana, Buenos Aires encuentra cómodo desahogo. Ahora bien, los clubs innumerables, los hotelitos públicos y particulares, los recreos —merenderos sin organillo y, ¡ay! sin tortilla de patatas, o con una tortilla de patatas bárbara y afrancesada, ésta es, hecha con manteca— los bailes, los jardines, todos esos lugares por el estilo están emplazados en torno a una serie de posiciones fijas propicias. Con lo cual, en cierto modo, Buenos Aires no consigue otra cosa que trasladar su aglomeración habitual a campo abierto.

EL mejor fin de semana, así, por encima, sin pensarlo mucho, será siempre el de Buenos Aires, con las calles tranquilas y la misa de doce y los letones que hablan con acento andaluz.

TODO, desde San Isidro al Tigre, todo funciona perfectamente; hay puestos de gasolina y puestos de helados en abundancia; las carreteras son amplias, pero el gentío tiene más fuerza y las reduce a una Moncloa monumental, al espacio de la Ciudad Universitaria en los domingos de primavera. Se oían, al cruzarse con el coche, las radios de los demás, que parecían perseguirnos como esos tercos perros aldeanos, y la voz del lo-

cutor ajeno se nos metía dentro del locutor propio, azuzando ese can publicitario que tanto distrae a las Américas. Desde el programa de tangos al de música española, desde la «Quinta» de Beethoven a la conferencia de un filósofo. Y en mitad de un párrafo sublime sobre el humanismo en el renacimiento italiano, se puede oír la dirección de un sastre. Eso sí, la publicidad es graciosa y atinada. Me contaron el divertido acierto de una casa de laxantes cuyo «slogan» era el siguiente: «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy: píldoras menganitas».

ENTRE el sábado y el lunes, cada bonaerense busca su club. Los clubs son indescriptiblemente baratos y con derecho a todos los «honnys», desde la yola al balandro, desde la soledad al fútbol, desde el ajedrez al «solarium». Claro, que hacerse socio de un club de éstos, como decía con frase feliz uno de los secretarios de nuestra embajada, «es como empadronarse en Logroño». Su club, efectivamente, cuenta con sesenta mil socios. Y el Centro Gallego, el más importante de la república, con ochenta y cinco mil veinte socios cabezas de familia, que suponen unos cuatrocientos veinticinco mil adheridos; cuando celebra sus elecciones internas, necesita de los muros del gran Buenos Aires para sus candidaturas, y las candidaturas se discuten en los periódicos, porque después de las elecciones políticas argentinas, son las de la directiva del Centro Gallego las que tienen más importancia en la vida de la Ciudad.

LA medida europea se ha quedado pequeña en América. Esto es un tópico, una verdad en la que estamos todos, pero que nos sorprende cuando la comprobamos sobre el terreno. El que las gentes pasen su fin de semana en Mar del Plata, es como si los madrileños se fuesen a Sitges entre las doce del mediodía del sábado y las nueve de la mañana del lunes. Y menos mal que no abundan los puentes festivos en el año, y es difícil coger dos o tres días de vacaciones seguidos. Porque entonces, ahí están los lagos del Sur, viaje frecuente que equivale al que hiciese un ciudadano de Madrid para descansar desde jueves Santo al lunes de Pascua en los «fiords» noruegos. El clima es

atroz, con una humedad ambiente que rebasa, a veces, el cien por cien, la pura saturación, y por algo se dice que Buenos Aires no tiene habitantes sino supervivientes. Todo es colosal, dentro y fuera.

Por eso me gustó la vuelta a Buenos Aires, aquel fin de semana repartido. Tarde tranquila, de domingo provinciano, con olor a naranjas y mucamas con trajes detonantes. Había chicos que lanzaban cometas sobre la perfección urbana. Cometas, claro, con colas gigantescas, orladas de colorines. Y había una, más alta que las demás, con los colores de la bandera argentina; y había, en Belgrano, bancos al sol, con viejos leyendo el periódico, y se oían hacia el Parque Retiro las orquestinas de los caballitos y la sirena de la mina mágica; y había niños bajo los árboles y estatuas de generales a caballo y unos novios discutiendo. Y en la esquina, en un cartel, las chicas andaluzas bailando las sevillanas, y un llamamiento a la colonia española, en rojo y negro, para recibir a las compatriotas del *Monte Albertía*. A las chicas de la Sección Femenina. Y soldados de traza germánica, y postales con palomas y sobres azules en el pico, y las arcadas de la Avenida Alem jugando a Santiago de Compostela. Y cuando en el hotel, —un hotel gringo, con veinte idiomas distintos y un solo whisky escocés en el vestíbulo— quise oír un programa de tangos, el aparato de mi habitación no funcionaba y suspiré feliz; finalmente, me encontraba en casa; finalmente, la medida americana se reducía a humanidad, a imperfección, a sencillez. Me puse a silbar, me autoprogramé un pasodoble y tan contento.

V. - América "menea" la cola



ASTA qué punto sea cierto, no lo sé, pero me lo dijo un hombre tan serio como entendido. La parte del extremo meridional de la América del Sur, justamente la Tierra de Fuego chileno-argentina, sufre un calambre geológico que le hace moverse, oscilar de izquierda a derecha y de derecha a izquierda. «Como un péndulo» —me aclaró amablemente mi cicerone—. Pero yo, que estaba contemplando la luz de América, esas luces de la ciudad que no se ven en ninguna otra parte, las indómitas estrellas australes, más numerosas, más brillantes, y un camino de Santiago —que por supuesto, no vá a Santiago—; pero yo, que estaba contemplando el tranquilo júbilo de América, le dije: —«Nada de oscilar como un péndulo. Simplemente, América menea la cola». Y es verdad, este enorme cachorro de Europa menea la cola con la vitalidad desbordante que rellena su espinazo. El haber entrado a golpes en la Historia Universal, es casi como un inocente juego, como andar a mordiscos con una pelota de colorines. Desde Argentina a los EE. UU. esta cola de fuego que levanta espuma entre dos océanos, quiere decir, ni más ni menos: «Estamos contentos».

HAY matices, naturalmente, en este gozo.

ARGENTINA tiene un maduro sentido de sus responsabilidades. Argentina vé que el fin de siglo le alcanzará con ochenta millones de habitantes y una producción riquísima. Argentina trabaja ya como una gran potencia y es curioso y halagador, comprobar que la mayoría de sus hombres gobernantes se mueven con soltura, sin la menor vanidad, sin el menor engo-

lamiento de nuevos ricos, como si no les sorprendiese este mágico porvenir de su Patria, como si estuviesen acostumbrados a la grandeza y a la servidumbre de la política universal.

—«Mi amigo, pues no hemos mandado, hace tiempo, con ustedes?» —me replicó alguno. Y tenía razón. Pero es una razón demasiado intelectual y demasiado cordial a un tiempo para que pueda llegar a ser entendida por esas gentes que van por la calle, y van contentas, colectivamente contentas. Sin la más mínima intención interpretativa, me parece a mí que aquella gente se siente segura de su porvenir. Y en su porvenir colectivo.

Es mucho más frecuente oír allí: «Nosotros, los americanos» que aquí: «Nosotros, los europeos». Sin duda, gran parte de Europa —su parte desgraciadamente rectora— se ha colocado en una posición intelectual, en una reserva de inteligencia, renunciando a la divina acción, y eso es algo así como aquel filósofo que, con el fin de dedicarse a sus meditaciones, confió el orar, el amar, el pelear, su vida toda, su mujer y sus hijos, su honor, a un hombre amigo que vivía al otro lado del río. En este viejo y amado continente nos separan muchos castillos fronterizos, muchas lenguas y pocas leguas, mucha historia militar y, algo peor, mucha rencilla política, muchos talentos políticos. En América, están trabados por pocas lenguas y muchas leguas, y los castillos de su Historia los están fabricando ahora. (Antes, sus castillos eran apenas logias masónicas).

EL español y el inglés se reparten América. Hasta hace poco el predominio anglo-sajón era abundantemente claro en todos los aspectos. Hoy, en algún orden, no es ni siquiera claro. La América hispana, lentamente, vuelve por sus fueros, y es precisamente la Argentina quien marca el paso en esta altiva recuperación. «*Nos sentamos al otro lado de la mesa*», cuentan que le gusta decir a Perón mirando al Norte. Es decir, nos hablamos de tú a tú, en absoluta igualdad de condiciones.

VI. - *La economía argentina*



NO me atrevo a asegurar, que en América se aten los perros con longaniza —como creen muchos ingénuos de aquí y allí— ni a certificar la fábula del «tío americano». En Europa, todavía conservamos la visión áurea de las Américas, y es necesario visitar el hotel de Inmigrantes, para darse cuenta del contraste que se produce cuando chocan los desafortados sueños con las agrias realidades. Pero, es cierto, que en el tiempo que estuve en Argentina, no ví ni un sólo pobre. Dicen que hace diez años hubo uno en la Plaza Mayor. Parece que se acercó a un transeunte y, alargando la mano, le suplicó:

—«Por caridad, ¿me dá veinte centavos para afeitarme?».

TODAS las crisis argentinas se resuelven trabajando. Y trabajando para sí misma, cosa que es tan sencilla como aparente. Un lord inglés, cuyo nombre no conozco, ni falta que hace, pronunció en cierta ocasión solemne y parlamentaria, estas o parecidas palabras: «La Argentina es nuestra mejor colonia: produce como ninguna y no nos cuesta su sostenimiento ni un chelín».

CON toda seguridad, el lord empleaba ese tonillo reticente y refocilado de quien sabe vengar por las armas económicas la pura y simple derrota militar. Si Don Santiago Liniers, al mando de los soldados peninsulares y los voluntarios criollos, obligó a Papham a evacuar Buenos Aires el día 12 de agosto de 1806, y a renunciar a todo sueño de revancha con la capitulación de Montevideo en julio del siguiente año; el capital inglés, terco y fiel servidor del Imperio, dominador de los

ferrocarriles y los frigoríficos argentinos, controlaba de un modo absoluto la economía del país. Papham pudo tomar el olivo tranquilamente, porque ya sabía que donde no entraban las casacas rojas, entraban las rubias libras esterlinas, y aquí —cantaban los ingleses— aquí no ha pasado nada.

Lo cierto es, que en la historia argentina siempre hay un Liniers para los ingleses. Ciertamente que también hay siempre —y esta es nuestra culpa— un virrey Sobremonte, que prefiere dar tiempo al tiempo, poner tierra por medio y esperar. A estos tipos, la invasión les sorprende en el teatro, escuchando «El sí de las niñas» —la gran novedad de la metrópoli— o contemplando cualquiera de las innumerables fachas de la pintura moderna —la gran novedad de París—. Seguramente que a Liniers, como a buen marino, el teatral «Sí de las niñas» le traía sin cuidado. Seguramente que a Don Miguel Miranda, las estrepitosas extravagancias de la pintura moderna le importan una higa.

D. Miguel Miranda —que ha dejado de ser ministro, pero que inició y quien sabe si acabará la independencia económica de la Argentina— es descendiente de españoles. Hijo de catalán y aragonesa. Su padre fué un anarcosindicalista de la mejor cepa: la de Reus. (Todos los de los Castillejos, todos los que venían de las partidas carlistas catalanas, fueron a dar con sus huesos en esta típica mentalidad del anarcosindicalismo, el lío furioso, el lío padre, el lío ibérico). América templó el aire de los Miranda y el viejo anarcosindicalista entró a trabajar en la casa Bunge y Born; la inteligencia y la capacidad de su hijo, llamaron la atención de los patronos y Miguel Miranda fué contratado por siete mil pesos mensuales, cantidad fabulosa en aquellos años y aún en estos, según creo. Durante varios años fué gerente de la firma, hasta que tiró por la calle de enmedio, y con una máquina casera y su voluntad hizo la competencia a Bunge y Born —recogiendo en su carrito los deshechos de la hojalata de la gran fábrica—. Diez años después, Bunge y Born pactaban con Miguel Miranda.

Su propia independencia económica le condujo a la política. Creyó en Perón desde el primer momento, y antes y después

le ha servido con lealtad. Ha sido su mago para la economía, pero un mago realista, que operaba sobre la enorme riqueza argentina, que no necesitaba inventarse nada, sino utilizarlo todo. «Es un huevo de Colón», dijeron muchos; pero hasta que Miranda decidió «cargarse» limpiamente el coloniaje económico de su Patria, todo el mundo, a excepción de algunos pequeños y valerosos grupos nacionalistas, aceptaban como inevitable la sometida mediocridad de su país. (Le redoblaba a Miranda, en el corazón y en la cartera de la Argentina, aquel tambor del Bruch).

DECIDIDAMENTE atacó los puntos vitales del capitalismo británico: los ferrocarriles y los frigoríficos. Esta simple medida cambió el porvenir de la Argentina: de país deudor pasó a ser acreedor. De estar empeñado con cuatro o cinco potencias, pasó a tener un saldo favorable de siete millones de pesos. A quienes le combaten por anticapitalista, gusta de responder: «Yo no soy enemigo del capitalismo argentino, sino del extranjero. Por otra parte, considero que el capitalismo argentino sirve a la prosperidad de su Patria. Me limito a dos cosas: a echar al extraño y a conseguir que la potencia económica nacional no esté en manos de una oligarquía».

CREE en el futuro económico de la Argentina y su plan —aunque no le corresponda por el momento dirigirlo de un modo personal— es el madurarlo en un plazo tan breve como el empleado en romper las amarras de la economía. Las armas económicas servirán en el caso de las Malvinas. Se cuenta que Miranda dijo en cierta ocasión: «No daré a los ingleses ni un centavo por territorios que son absolutamente nacionales. Les indemnizaré por las instalaciones». Y luego, burlón, con una socarronería poco doctoral, parece que añadió: «Por supuesto, que ese dinero ya me lo devolverán los ingleses con cargo al cánón establecido por ellos mismos para la pesca de la ballena en aquellas aguas».

HA sido Miranda el artífice del primer tratado comercial con Inglaterra. Mal viento el que sopló para los ingleses por la Pampa. Por vez primera tuvieron que soportar con mejor o peor

gesto un preámbulo poco diplomático a las conversaciones de tanteo. «Bien, —dijo Miranda a los negociadores— ustedes tienen el hambre y nosotros la carne. Podemos comenzar el trato». Aplica a su manera política la medida del hombre de presa, y a fuer de sincero, es tan buen amigo como enemigo peligroso. Pertenece a esa clase de capitanes modernos que usan la economía como ejército y las divisas como bandera. «La Home Fleet no navega sin carne», respondió a quien le preguntaba por una posible reacción inglesa.

EL florecimiento de la Argentina bajo el gobierno del general Perón, su capacidad de resistencia frente a la maniobra extranjera, tienen en D. Miguel Miranda su principal factor. Digo, tienen con plena conciencia de su actual apartamiento de las funciones públicas. Gracias al tesón de Miranda, la Argentina remozó su cara, explora sus extrañas, gasta en obras de mejoramiento nacional cantidades que jamás pudieron soñarse. Un ministro se asombraba: «Es inconcebible, cuanto más gasto, más tengo». «No sabe —comentaba Miranda— no sabe que conforme él gasta, yo le voy metiendo billetes en el cajón de su mesa». Y se sonreía con un júbilo malicioso e infantil. Casi el mismo e infantil júbilo que ponía, junto a sus nietos, al escuchar en su platea del Colón, las viejas canciones catalanas, al ver los bailes de su tierra danzados por las chicas de la S. F.

LA casta española de Miranda, como la casta española de Figuerola, como la casta española del mejor trabajo argentino, son la garantía de aquella solera hispánica que la tierra del Plata lleva dentro de sí misma. Si un capitán español alzó la primera casa de Buenos Aires, otro español nacionalizado argentino, ha rematado con su propio sacrificio ese tejado jurídico de la nacionalidad, arma de dos filos en un país abierto a la inmigración. Figuerola, el hombre de confianza de Perón, el que aguantó a su lado las más atroces tormentas políticas, del amigo y enemigo, ha dejado de ser ministro recientemente, solo por que él mismo fué quien escribió en la nueva Constitución que tal cargo sería ejercido exclusivamente por los nacidos en la República.

VII. - *España en Argentina*



REVE fué mi paso por la Argentina, acompañando como periodista a los Coros y Danzas, pero su brevedad me dió tiempo a saber que se abría un nuevo período en la historia de nuestras embajadas en América. Diría yo que fué inaugurado a la manera aldeana, con un baile popular en los salones del palacio de nuestra representación. Todo lo que de emotivo tuvo el itinerario de los Coros y Danzas, se resumió en la eficaz tarea de Areilza, nuestro embajador; un hombre joven que sabía volver a la verdad de la tarea diplomática; que sabía hacer que la embajada retornase a ser la casa de los españoles, de todos los españoles; que sabía aprovechar la misión más gentil y más práctica que España ha enviado a la Argentina, para dar un gigantesco paso a la unidad de los residentes españoles, desplazada por la guerra, y aun antes, por la incuria de los gobiernos.

EN aquella misma embajada se pronunció esta espeluznante frase de un embajador al que acudía a relevarle. Mundano, irónico, por encima del bien y del mal, sin atender a los problemas humanos y sentimentales de la colonia española, aquel «dandy» insoportable, se limitó a aconsejar a su sucesor: «Y sobre todo, no invite usted a la colectividad española: le estropeará el parquet». Creo que pocos parquets habrán quedado tan literalmente hechos polvo como el de la Embajada de Buenos Aires; pero ¡qué hermosura este destrozo! Gentes que no consideraban aquella su casa, gentes que comenzaban a olvidarse de España, gentes dispuestas a mantener su permanente

hostilidad al Estado nacido del 18 de Julio, volvieron a pisar la única casa de España, la única que puede ayudarles, defenderles, darles el justo tono del español actual. Y este milagro fué provocado por los Coros y Danzas de la Sección Femenina.

EL penoso y alegre itinerario por el interior de la Argentina fué la mas estupenda demostración de la capacidad emocional de España. No os parezca estúpido esto que voy a deciros. Mientras no haya otra palanca más efectiva, debemos industrializar esta curiosidad que el mundo siente por España, este tirón afectivo que las Américas sienten hacia España, estas razones que nos unen y nos congregan y nos diferencia a los hispánicos ante el resto de los humanos.

AHORA bien, conviene, siquiera sea de paso y como traca final, porque esta charla se alarga demasiado, conviene situar de un modo preciso qué particularidad española, qué universalidad, diría yo más exactamente, es la que acumula un mayor interés americano. «El Cara al Sol», me dijo un estudiante de Mendoza, «es como la Marselleza de las revoluciones hispánicas». Y otro, ya de madrugada, cuando volvíamos de San Juan, en un amanecer prodigioso de los Andes, con la erguida cordillera dando fondo a la estación, se acercó hasta mí y me recomendó: «Toma estas flores, están cinco rosas, y llévaselas a José Antonio».

CUENTAN que una expedición alemana, de montañeros alemanes, preparó hace unos años, la escala de un pico considerado inaccesible en el manojito andino. Fueron provistos de todos los medios de ayuda modernos. Llevaban una bandera alemana, otra argentina y otra chilena, y paineles de señales de diversos colores. Tras esfuerzos inconcebibles lograron su propósito. Hubo una tormenta, a la que milagrosamente sobrevivieron. Pero la tormenta les trajo una sorpresa infinita. La tormenta agitó la entraña del hielo, y ante su estupefacción vieron la momia helada de un soldado de España, de un extremeño, o de un vasco o de un andaluz; de uno de aquellos que con la armadura a cuestras treparon los Andes simplemente por divina curiosidad, porque, como dice Bernal: «todo lo queremos saber

e trascender». Y entonces, aquellos montañeros alemanes, en aquel pico inaccesible, colocaron una bandera de España, fabricada con los paineles de señales, porque aquel pico inaccesible había sido domado, posiblemente, por un hombre de la llanura sin más ayudas técnicas que las de Dios y su coraje.

PENSABA yo, al pié de los Andes, al borde de Mendoza, que era un falangista a quien debíamos encontrar en tal lejanía. El falangista se llamaba Enrique Rives y cayó en acto de servicio, un día de 1937, en las calles de Mendoza, mientras sus camaradas atacaban Bilbao.

PIENSO ahora que cuando se quiera encontrar la raíz oculta y la verdad aparente de este tiempo español, de este tiempo duro y atroz, en el que solamente el haber guardado con honor nuestra independencia, aun a costa de la incomodidad y del sacrificio, es bastante para sentirse satisfechos, pienso yo que cuando se quiera saber el secreto a voces de este tiempo en el que España no ha comprado su prosperidad, como otros pueblos, a costa del carnet amarillo, bastará con pronunciar dos nombres: el de Franco y el de la Falange.

CON todos los defectos de su humanidad, es nuestra doctrina y nuestra imperfecta realización la que concita el interés de los pueblos americanos: nuestra doctrina y nada más. Con todo un mar de bellaquerías queriendo tapar su nombre, es el nombre de Franco, el que convoca el amor y la curiosidad de los americanos. Y también el odio, pero un odio varonil, un odio a la española, dando categoría al enemigo.

DESDE la inquieta Europa que vimos en Italia, hasta esta venturosa y arriesgada Argentina, que trabaja y reza, espera y cree, aquella otra generosa propina de la cristiandad y buen ojo político popular, que se llamó División Azul. De cara a las Américas hispanas, este viaje de amor y de paz cuya singularidad no se destacará bastante en medio de un mundo consumido por el terror.

SON pues, dos empresas falangistas las que claman por la verdad entre Europa y América. Y, a paso de baile, se ha dado un buen avance sentimental hacia ese bloque que deberá alzar

su bandera en este mundo, en que las naciones se han hecho como pequeños barrios de una mediana ciudad, como arrabales de un gran pueblo. Frente a los anglosajones, frente a los orientales, frente a los eslavos, la gran línea del mundo hispánico.

UN mundo que tendrá en sus manos la norma y el pan. Un mundo que viene de Roma, con latines litúrgicos y aceites de oliva y palmas de olivo y esa bendición que sosiega los ánimos.

¡Ah, los discos volantes, los cohetes misteriosos, los platillos voladores, todas esas historias de miedo que recogen cada lunes y cada martes, los periódicos del universo, entre noticias de pactos y contra pactos y ruido de armas!

VIII. - *Retorno*

RECUERDO, que al llegar a Bilbao de retorno de América, en la noche de la víspera de Santiago, y según nos enteramos al día siguiente por el diario «Hierro», no sé que parte del mundo estaba sobresaltada porque sus habitantes habían visto «un objeto» plateado en forma de luna. Nosotros, todos los del barco de Coros y Danzas, podemos dar la explicación al problema.

LA víspera de Santiago, el fuego de los Altos Hornos tenía un ademán de fiesta en la noche. Las chispas rojas saltaban, brincaban en un correcales, igual que los cohetes de los pueblos pescadores. Se cantaba en el *Monte Albertia*.

Y ese objeto misterioso y plateado en forma de luna, era, simplemente, sencillamente, la luna, la misma luna. Pero hacen falta ojos españoles, ojos limpios de la culpa que abrumba al universo, para reconocer en la noche el reflejo del sol, para no estremecerse con pavores milenarios.

PORQUE el verdadero valor está en el ánimo sosegado, en la conciencia tranquila, en el trabajo, en la danza y la copla de la vida.

EL poder regresar a casa después de haber sembrado, como hicieron los Coros y Danzas, como siempre hizo España, la amistad, la nostalgia, la fe y la alegría.



JEFATURA PROVINCIAL
DE F.M. Y A.S. DE LAS P.O.N.S.
ALMERIA, MCMIL